

Centros Educación Infantil y Primaria Públicos de Torredonjimeno

EL CALCETIN ROJO

Se pasó más de una hora buscando el calcetín rojo, pero no era suficiente. En otro tiempo habría desistido mucho antes. Otro tiempo en el que la inexorable fugacidad de la noche le impedía entretenerse con el mimo que le hubiera gustado en cada visita que realizaba, pero eran muchas las casas a visitar y muchos más los niños a los que dejar regalos. Por aquel entonces, era más fuerte y mucho más resistente.

Pero todo había cambiado. Poco a poco, sus fuerzas fueron cada vez menos, y las casas a visitar se fueron reduciendo. Tanto lo hicieron que desde hacía varios años, aquella humilde cabaña en el corazón de un bosque noruego era la única visita que seguía realizando cada invierno.

- Tiene que estar por aquí... -se repetía en susurros.

Su oronda figura continuaba recorriendo con dificultad cada esquina del salón en busca de aquel escurridizo calcetín rojo. Cualquier otro lo habría dejado por imposible. Es más. Cualquier otra persona en el mundo habría tenido miedo y se habría sumido en la impotencia mucho antes, pero él era diferente. Sus fuerzas escaseaban, pero las pocas que le quedaban surgían de la ilusión y la esperanza, y aquella simple cuestión le hacía sentir las cosas de forma diferente.

Pasaron más de dos horas. Aún tenía otras dos antes de que la llegada del amanecer le obligara a desistir, pero ya no sabía dónde buscar. Se detuvo en medio del salón y apoyó sus puños cerrados sobre las anchas caderas acolchadas por el grueso traje rojo y blanco. Su poblada barba blanca ocultó aquel gesto tan característico en el que fruncía los labios y movía la nariz casi imperceptiblemente. Aspiró sonoramente y aquel tenue olor a galletas, chocolate y fresas inundó sus sentidos embriagándolo de aquel sentimiento que le revigorizaba.

De pronto, escuchó un suave roce procedente del interior de un baúl. Se acercó acariciando el suelo con la planta de los pies, evitando de forma mágica el crujir de las maderas que soportaban su incalculable peso. Con suavidad, posó su mano en la tapa del baúl y lo levantó poco a poco.

Su boca se abrió formando una redonda "o", al contemplar cómo de dentro del baúl surgía una pequeña figura que lo contemplaba con dos ojos como dos platos y una sonrisa que mostraba

la ausencia de algún diente caído. El niño lleva sobre la cabeza un gorro rojo con espumilla blanca que parecía quedarle pequeño, pero no parecía importarle.

Él también sonrió. Nunca en su larga vida había sido descubierto, y aquel acontecimiento fue una prueba más de su pérdida de facultades. No le importó. Él era así. Apoyó el enorme saco que llevaba a la espalda en el suelo y extrajo de allí un paquete envuelto con papel de un color azul eléctrico y adornado con divertidos dibujos verdes y azules. Un lazo amarillo coronaba el paquete que fue recibido por el niño con desbordante ilusión.

Disfrutó contemplando a la pequeña figura que tenía delante agitando el regalo y perdió la noción del tiempo. Finalmente, el niño cambió de actitud. Lo miraba algo más serio y extendió la mano con la palma hacia arriba mientras se relamía los labios. El hombre barbudo miró alrededor buscando con la mirada una vez más el calcetín rojo donde depositar los dulces, para mirar de nuevo al niño y encogerse de hombros.

Hubo un fugaz instante de incompreensión hasta que el niño pareció recordar algo. Se echó la mano a la cabeza y se sacó el gorro rojo con espumilla blanca. Lo giró y lo sujetó en alto ante la mirada del hombre. Su sorpresa fue mayúscula cuando cayó en la cuenta de que lo que había dado por un gorro, era el calcetín rojo que había estado buscando. Descargó allí los dulces y se permitió disfrutar de aquel momento durante unos segundos. Luego, con un mágico silencio, se alejó de él y abandonó la cabaña mientras el niño permanecía absorto entre caramelos y golosinas.

Una vez fuera, con la nieve cayendo sobre sus hombros y su grueso traje, respiró hondo. Los matices del aroma a galletas, chocolate y fresas dulcificó con su recuerdo la sensación de frescura al tomar aire. Lo expulsó sonriendo, consciente de que un año más, el último niño que creía en él, le dotaría de fuerzas con su ilusión.